

HOMBRE DE CRISTINA

Por: Washington Cucurto

Me he reducido a ser un hombre de Cristina.
En esta época,
en estos días, en estos quilombos matutinos
y porteños, me dejó llevar por la fantasía
que sale de la boca de una mujer.
No participo, soy viejo, mis hijos
me dejaron los nietos pa que los cuide.
No participo y cuido-críos
y la miro, la veo a ella por cadena nacional en bicicleta.
Mi amada Cristina, morocha seductora
y hasta me atrevo a imaginarle gordas caderas.
Mi caderona nacional.
La escucho, la oigo hablar por ejemplo,
de cooperativismo,
de mujeres embarazadas que tendrán
-a falta de un marido-
su ayuda social.
La morocha nacional no puede hacer que nos enamoremos de otra.
Veo su cara, su cuerpo, sus palabras, su infinita tristeza
(y es para ponerla sola en un jarrón)
la tristeza infinita de su alma.
Su infinita tristeza en afiches y letreros
por donde quiera que viajo en la gran ciudad.
Se me pianta una lágrima, no voy a negarlo.

No participo, soy viejo,
pa cualquier militancia que no sea leer
a Pepe Cuevas, a Lhin, a Teillier.
Su foto en las calles, tomada de la mano
de unos niños rumbo al colegio...
Soy viejo para el kirchnerismo,
esa es la palabra exacta.
Pero no estoy viejo para Cristina.
Se me pianta una lágrima,
la veo, la escucho, me reduzco a ser un hombre de Cristina,
mis hijos se separaron, se emborracharon
y me dejaron sus hijos,
hijos de hijos de hijos,
estoy viejo

para la militancia,
para el reduccionismo del kirchnerismo,
la veo, la escucho,
esa tristeza evidente e infinita,
en sus ojos, es la misma de mis ojos.
¡Oh, morocha nacional, tomame de la mano
como a un escolar pobre y enseñame la Casa Rosada!